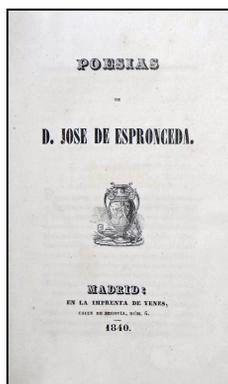


4. *Poesías*, de José de Espronceda [1840]



22

Cualquiera que observe el desarrollo y crecimiento de las artes en España de pocos años a esta parte, no dejará de tenerlo por un fenómeno curioso, digno de atento examen. Música, escultura y arquitectura se han rebullido súbitamente comenzando a dar inesperadas muestras de vida; pintura y poesía se han remontado como de un salto a tal altura que su repentino progreso tiene sus puntas de maravilloso. ¿Cuál es la mano que ha comunicado semejante impulso? ¿Qué causa ha podido producir tan extraña mudanza?

En vano nos lo preguntaríamos, porque nada en lo exterior sería capaz de satisfacernos. Ni la nación ha subido al alto grado de esplendor en que un día la vio y envidió el mundo, y desde el cual reflejaba rayos de gloria sobre el genio de sus hijos, ni la sociedad o el gobierno dan a los talentos aquella clase de fomento real y positivo que tanto contribuye a fecundarlos y vivificarlos. Sonrojados y orgullosos a un tiempo, podemos decir que las artes en España viven de sí propias y de sus recuerdos y que de su seno han brotado esas chispas de luz que sin

²² Un tomo en 8º prolongado. Véndese en la librería de Escamilla, calle de Carretas. [Nota de Gil]. Según Picoche, “Gil fue el responsable de la edición original de las obras de Espronceda. En el prólogo a la segunda edición (1846) se lee esta frase: «El autor de la obra, el autor del prólogo y el que dirigió la edición hecha en 1840, ESPRONCEDA, VILLALTA y ENRIQUE GIL... se hallan ya reunidos en el seno de la eternidad». [Picoche, p. 272]. Gullón considera este “el mejor trabajo de crítica literaria de Gil”.



duda prenderán en muchos ingenios, y levantarán en lo futuro alta y resplandeciente llama. Lo único que hasta el día las ha desarrollado y las mantiene es el principio de vida que a todas partes lleva consigo cualquier pensamiento generoso y fecundo, la marcha incontrastable de las ideas y la tendencia irresistible de la época.

Tendencia irresistible en verdad, y que por todas partes deja profundas señales y vestigios. ¡Raro suceso! Este siglo que ha recogido el legado de destrucción del anterior, que ha encontrado rota y destrozada por el suelo la fábrica de lo que se llamaban abusos, que ha debido alcanzar y disfrutar por entero lo que entonces se reputaba y tenía por felicidad, es decir el desarrollo de los intereses y medios materiales; este siglo, decimos, se ha presentado animado de tendencias espiritualistas, ha dado en rostro a los llamados filósofos con la vanidad de su universal panacea, les ha pedido cuenta de las instituciones antiguas que destruyeron sin reformarlas, del porvenir que le ofrecieron que no han sabido darle, y por último, de la paz y contento del presente, que se le ha huido de entre las manos.

Del espíritu de indefinido análisis introducido en todas las cuestiones, del movimiento y complicación incesante de los intereses, de la pugna y colisión continua de las ideas, solo una certidumbre hemos venido a sacar hasta el día, a saber: que el corazón humano estaba necesitado de consuelos y de luz, que el alma tenía sed de creencias, y que todos los esfuerzos de la razón orgullosa y fría, no habían sido poderosos para descifrar la primera página del libro de la dicha.

Entonces, por una reacción natural, nos hemos refugiado en los dogmas y rudimentos más sencillos de la conciencia, hemos buscado la fuente de la esperanza con el anhelo de los sedientos, y nos hemos sentado a la sombra del árbol del sentimiento, para pedir al murmullo de sus hojas inspiraciones con que llenar el vacío del corazón y templar la sequedad y aridez del espíritu.

Sin embargo, como era dificultosa tarea la de reconstituir el santuario de nuestros afectos en un terreno de continuo removido y socavado por la discusión, estas circunstancias han dado margen a infinitas dudas, desconfianzas y tristezas que han llegado a empañar el espejo del alma, produciendo al propio tiempo violentas luchas y vaivenes interiores.



De aquí dimana el carácter vago, indeciso y hasta cierto punto contradictorio que han tomado las artes de imaginación, según que esperaban en lo venidero, lamentaban lo pasado o se quejaban y maldecían de lo presente; pero aun en este desdichado camino faltos de guía y de luz, al querer llegar a los santos vuelos y religiosa tristeza de Milton y de [fray Luis de] León, hemos tropezado en el escepticismo desconsolado de Chile Harold y en la exaltación insaciable y apasionada de René. Goethe, Byron, Chateaubriand, Manzoni, y hasta el mismo Béranger, poeta el más festivo y amable de nuestra época, han participado de esta tinta melancólica y opaca en que está empapada la fantasía de la edad presente, que forma por decirlo así, su tipo, y le presta su carácter especial y distintivo. Si la literatura ha de ser el reflejo y expresión de su siglo para corresponder a su misión, forzoso es que la nuestra retrate las penas, los temores, las esperanzas y disgustos que sin cesar nos trabajan. De otro modo no la comprenderíamos.

El Pelayo

No sin propósito hemos extendido semejantes preliminares porque con arreglo a ellos examinaremos el libro cuyo título va por cabeza de este juicio, ya que el nombre harto conocido del autor, y las cualidades que manifiesta, contribuyen a su crédito y realce, así por el fondo de sus creaciones como por las formas con que las viste; no solo por su variedad, sino también por su unidad.

Abren esta colección diversos fragmentos de un poema épico titulado *El Pelayo*, fruto de los primeros trabajos poéticos del autor y parte más bien de su entusiasmo juvenil, que no de la madurez de su ingenio, pues los años en que lo escribió, por ser los de la adolescencia, antes descubren las flores de la poesía que no sus frutos sazonados y maduros. En tal edad más se presiente y adivina que en realidad se siente, y de aquí proviene el predominio de la imaginación sobre los movimientos más hondos y serios del corazón.

Falta la experiencia en las pasiones, y sobra la fuerza y pujanza en la fantasía, fuerza tanto mayor cuanto que la lógica del sentimiento no viene a templarla ni a dirigirla. Estos fenómenos psicológicos, sobrado fáciles de demostrar, todavía se confirman con los fragmentos del *Pelayo*. Si se les piden pasiones enérgicas, individuales y profundas; si se



buscan rasgos de aquellos que de una sola plumada dibujan un carácter, no acertaríamos tal vez a encontrarlos en ellos. Mas, si lo que se desea son raptos de entusiasmo juvenil, ímpetus hidalgos y caballerescos, pasiones y caracteres, ya que no lógicos y cabales, llenos de luz y de efusión, y finalmente la riqueza, gala y armonía de una versificación al propio tiempo castigada y correcta, todo esto y aún más podemos señalar en este ensayo épico.

Y hemos dicho que más que esto podíamos aún mostrar, porque el cuadro del hambre, el del sueño del rey, son trozos de una robustez y vigor poco comunes en verdad, dado que la imaginación abulte algunos de sus pormenores. Fuera de esto, la descripción del serrallo, la procesión, las quejas del anciano Teudis y la salida nocturna de Sevilla dejan poco que desear.

En suma, la crítica severa y fría no dejará quizá de echar de menos en esta obra filosofía, madurez y profundidad; pero de seguro hará justicia a las bellas y poéticas formas del decir, a la corrección y castidad que le sirven de base, a los ricos destellos de imaginación que por donde quiera campean, y a la entonación pura y bien sostenida que en toda ella se nota. De sentir es que con el principio que llevaba o con otro más digno de su autor y más adecuado a tamaña empresa, no haya llegado este poema a granazón y cumplido término, porque a nuestro modo de ver no se encontrará en la moderna historia ningún asunto más digno de la trompa épica, que la invasión y conquista de España por los árabes; si ya no es que en el estado presente de las ideas y de la sociedad la epopeya es género de difícil cultivo y poco acomodado a la filosofía del sentimiento, opinión de que no distamos, pues que en nuestro entender la única epopeya compatible con el individualismo de las naciones modernas es la novela, tal como la han entendido Walter Scott, Manzoni y algún otro.

Las poesías líricas

Dejando, pues, el ensayo épico, y pasando a las poesías líricas, diremos que nos pesa de encontrar con el romance *A la noche*, porque a excepción de cierta tinta apagada y melancólica que resalta en todo él, lo encontramos escaso de estro, número y hasta de natural y vigoroso enlace, de modo que solo podemos aceptarlo como punto de partida



para conocer el camino que ha andado después el autor, en cuyo caso no vacilamos en aprobar su inserción.

Esta composición debe de ser uno de sus primeros pasos por el campo de la poesía, y las siguientes confirman esta opinión, pues nos recompensan con usura de la flojedad de la presente, y aunque desiguales en mérito, todas están a gran distancia de ella. Limpia, fácil, tierna y llena de gracia y de frescura nos ha parecido la *Serenata*; maliciosa, ligera y de buena tonada la trova del paje Jimeno que ya habíamos leído en *El castellano de Cuéllar*²³, y apasionada y sombría, dado que no tan bien sostenida como las anteriores, la canción de *La cautiva*.

En el bello poemita de *Óscar y Malvina* no solo imita el autor con feliz éxito el fondo de vaguedad melancólica y apasionada de Óscar, sino que también sus versos están en completa armonía con aquellas imágenes descoloridas y suaves como los rayos de la luna, y con aquellos acentos «lánguidos y dulces»

como el recuerdo del amante triste,
a su amada en la tumba.

Acaso no faltará quien tache de desaliñado y flojo alguno que otro verso de este trozo, pero en nuestro entender por ventura pasará plaza de bello lo que a otros parecerá incorrección y desmayo, porque si hemos de tener en algo la armonía imitativa, y si en poesía la gracia y la hermosura resultan de la perfecta concordancia del pensamiento con la expresión, no será gran defecto una cadencia lenta y apagada, donde el sentimiento que revela descubre a tiro de ballesta las mismas cualidades.

Tras de los sencillos y delicados tonos del bardo escocés viene el *Himno al sol*, cual si con su inspiración arrebatada y atrevido vuelo quisiera el autor contrastar las quejas sentidas de la musa de Morven, y mostrar de este modo la riqueza de su diapasón poético. Esta excursión por el terreno de Píndaro parécenos bien concebida, sus imágenes elevadas, su versificación tendida, robusta y armoniosa, la entonación grave y sostenida, y su conjunto proporcionado, regular y lleno de adornos. Sin embargo, no escogeríamos para modelo esta poesía entre

²³ *Sancho Saldaña o El castellano de Cuéllar*, novela histórica, 1834.



las de nuestro joven²⁴, pues sin negar las prendas que la abonan, opinamos que bien pudiera haber dado al cuadro una ligera veladura de sentimiento que templase la viveza de los colores, y lo acercase más al mismo tiempo a aquella desnudez y candor de expresión que en todos los grandes poetas acompaña las creaciones más altas y peregrinas.

Asuntos de este género, y todavía más tremendos y magníficos, se encuentran en diversos lugares de la Biblia y sobre todo en el Apocalipsis, sin que por cierto la sencillez y cándido aliño de la frase altere ni menoscabe su efecto; y el autor mismo en su comenzado poema titulado *El Diablo Mundo*, leído en el Liceo de Madrid, ofrece pasajes de imágenes más fuertes y de pensamientos harto más sombríos que los del *Himno al Sol*, tratados sin embargo de tal manera que el corazón y la fantasía se interesan a la par. No debemos echar en olvido que la poesía toma de día en día un carácter más general y profundo, y que cuanto más se acerque en sus formas a la verdadera naturaleza del sentimiento, de suyo fácil y modesto en sus atavíos, tanto más derechamente se encamina al término de su viaje.

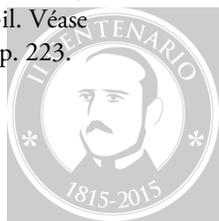
Al concluir el análisis de la primera subdivisión de las poesías líricas de este tomo, nos sentimos descargados del peso más grave de la crítica, que sin duda lo es la necesidad de poner tachas y encontrar defectos; y esto lo decimos porque el crecimiento que desde aquí adelante se nota, a pocas enmiendas da lugar.

El pirata y otras canciones

No son nuevas fuera de España las canciones populares, así como dentro de ella los romances del mismo género forman una de las más ricas minas de su literatura. Sin embargo, nadie negará al poeta Béranger²⁵ la gloria de haber levantado y ennoblecido en la nación cercana este linaje de poesía, que gracias a su genio vibra en el día con todos los tonos del sentimiento y presenta sus más fugaces y delicados matices.

²⁴ El hijo adopta al padre: Espronceda era siete años mayor que Gil.

²⁵ PIERRE-JEAN DE BÉRANGER [1780-1857], autor de “canciones revolucionarias” muy populares en la época, admirado por Goethe, Chateaubriand y también por Gil. Véase su reseña a *El abuelo*, *Crítica literaria*, v. IV de BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, p. 223.

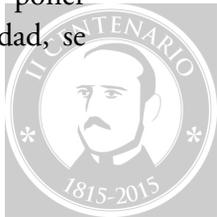


La revolución que de este modo ha logrado introducir en el arte es inmensa a nuestro juicio, pues lo ha convertido en instrumento de cultura, de moralidad y de enseñanza. ¡Rara transformación! La poesía que en los últimos tiempos había llegado a ser el patrimonio de las clases instruidas y acomodadas, ha bajado con la musa de Béranger, semejante a un nuevo evangelio, a la oscura vivienda del pobre, y ha tomado a su cargo con generoso empeño el enjugar lágrimas desconocidas, y curar llagas ocultas y acaso despreciadas. El día que tal hizo acertó a labrarse un porvenir de gloria, reconquistó sus perdidos fueros y pudo con razón prometerse que cualesquiera que fuesen los yerros y trastornos de la humanidad, su influjo nunca dejaría de guiarla a manera de estrella benéfica.

Esta musa que se acercaba a la multitud desdichada y menesterosa ya para consolarla, ya para alegrarse, ya para quejarse con ella, hubo de crearse una lengua que sus protegidos entendiesen. Semejante necesidad trajo consigo indispensables mudanzas en cuanto al tono y expresión de la poesía, y su lenguaje se ha hecho sencillo, noble y severo, no bastardo, chocarrero, ni villanesco. De esta suerte ha ganado en gracia, naturalidad y vigor, al paso que su influencia y su carácter se han extendido y elevado.

A este género pertenecen las canciones del señor Espronceda, que tenemos por una preciosa adquisición para nuestro Parnaso. El desenfado, fluidez, casta dicción y variada armonía del *Pirata*, junto con la filosofía y verdad de su fondo, la convierten en una lindísima tonada popular, bien acomodada al carácter ardiente y aventurero de nuestra nación. Gran conocimiento y maestría de la lengua suponen las extrañas rimas que usa, y que tan agradable movimiento imprimen al tono de la composición. Esta es una de las prendas más aventajadas de esta colección, porque la armonía imitativa y la lengua castellana han ganado mucho en elasticidad con las difíciles combinaciones métricas que el autor ha introducido, no solo en *El Pirata*, sino también y más particularmente en *El Verdugo* y en *El Estudiante de Salamanca*, sin tropezar siquiera en tan escabroso camino.

La canción del *Mendigo* se separa de todo punto de la de Béranger, pues lejos de rebosar como ella encono y amargura, lejos de poner crudamente el dedo sobre esta hedionda llaga de nuestra sociedad, se



reduce a bosquejar la mendiguez descuidada, holgazana, indiferente y en cierto modo satisfecha con su vagamunda libertad y sus poco envidiables goces. Por lo demás, aunque en nuestro entender sus contornos no sean tan puros como los del *Pirata*, manifiestan la misma mano y origen.

Las tres restantes encubren cierta intención profunda y un carácter social más evidente. *El Verdugo* y *El Reo de Muerte* pertenecen a la escuela amarga, sardónica y desconsolada de Byron, y son hijas de aquella escena doliente y solitaria, que menospreciaba los consuelos y se cebaba en sus propios dolores. El mismo giro hostil y sombrío, la misma tendencia rencorosa y desengañada del poeta inglés resaltan en la tremenda poesía del *Verdugo*. ¡Qué situación tan bien imaginada! ¡Qué fondo de hiel y de despecho! ¡Qué orden y enlace tan lógico de pensamientos! ¡Qué metro tan acerado y feroz! ¿Dónde encontraremos una invectiva más mordaz contra la pena de muerte? ¿Dónde descubriremos más a las claras esa disonancia tan de bulto que manifiestan nuestras leyes y nuestros sentimientos, nuestras costumbres y la civilización de que hacemos alarde, como en estas palabras del *Verdugo*?:

Al que a muerte condena le ensalzan...
¿Quién al hombre del hombre hizo juez?
¿Que no es hombre ni siente el verdugo
imaginan los hombres tal vez?
¡Y ellos no ven
que yo soy de la imagen divina
copia también!
Y cual dañina
fiera a que arrojan un triste animal
que ya entre sus dientes se siente crujir,
así a mí, instrumento del genio del mal,
me arrojan el hombre que traen a morir.
Y ellos son justos,
yo soy maldito;
yo sin delito
soy criminal:
mirad al hombre
que me paga una muerte; el dinero
me echa al suelo con rostro altanero,
¡a mí, su igual!



¡Qué sentimiento y que versos! ¿Para qué mayor anatema contra esa práctica que, por más que con la necesidad se cohoneste y encubra, no por eso deja de ser un sarcasmo del progreso de las luces? ¿Qué podrán añadir a esto la poderosa razón y las sabias investigaciones de los filósofos? Poco en nuestro entender; poco cuando menos que más arrastre, convenza y cautive. Y después de aquella emponzoñada y sangrienta diatriba de un hombre que arrojado de la comunión de los demás, ha podido muy bien perder los sentimientos de tal, ¿quién sino un verdadero poeta nos le presentaría interesante, descubriéndole a nuestros ojos por el lado de la paternidad?

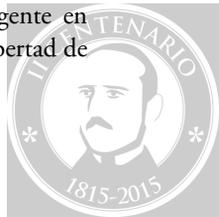
¡Oh! ¿por qué te ha engendrado el verdugo,
tú, hijo mío, tan puro y gentil?
En tu boca la gracia de un ángel
presta gracia a tu risa infantil.

A esto pudiéramos llamar jugar con el corazón de los lectores, porque tránsito tan repentino y al mismo tiempo tan lógico de la desesperación a la ternura, y de una versificación nerviosa, constante y descarnada a otra llena de unción, de amor y de suavidad, no es fácil de concebirse, cuanto más de ejecutarse.

La canción *El reo de muerte* pudiera considerarse como un apéndice de la anterior, porque en realidad el drama no varía, dado que varíen los personajes. Como quiera que en el asunto algo se asemeje, el giro de los versos y la situación son bien distintos, y aunque no esté templada por un tono tan rudo, de todas maneras aparece sombría, variada y empapada en desventura.

La última canción que nos queda por examinar es *El canto del cosaco*, canto lleno de nervio y de vigor salvaje, filosófico en sus pensamientos, profundo en sus tendencias y valiente cuanto correcto en su versificación. Como la amarga censura de la política europea que envuelven los rudos acentos del cosaco tal vez cuadraría mal en un periódico como el *Semanario*²⁶, por más poseído que se halle el que esto

²⁶ Obsérvese la carga de profundidad con la que Gil denuncia la censura de prensa. La prohibición de todos los periódicos ordenada por Fernando VII en 1824 extendió su halo hasta la Constitución de 1845. El R. D. de 7 de enero de 1834, vigente en tiempos de Gil, comenzaba así: “No pudiendo existir la absoluta e ilimitada libertad de



escribe de las mismas ideas, nos dispensaremos de presentarlo por este lado; pero no sin recomendar a nuestros lectores su atento examen.

Del mismo asunto ha tratado Béranger con igual objeto, carácter y tendencia, y, para gloria de nuestro autor y nuestra, debemos decir que ha sobrepujado a tan insigne poeta, no solo en lo áspero y oscuro de las tintas, sino también en el estro y fuerza de verdad. Tal es por lo menos nuestra opinión, que gustosos sujetamos a la más aventajada de los hombres de letras.

Poemas históricos

Vienen detrás las poesías que el señor Espronceda ha llamado históricas, título que en nuestro entender algo mejor les cuadra que no el de políticas, porque si bien van todas enlazadas con nuestros sucesos y desdichas políticas, el autor ha tenido la suficiente discreción para ceñirse a la idea general y luminosa de la emancipación común, sin descender nunca a las miserias de los partidos y a la ruindad de los intereses individuales. Por esta conducta merece el parabién de cuantos tengan en algo la dignidad del arte, pues si como hombre puede seguir el camino que le plazca, como poeta pertenece a la humanidad y al porvenir. Por lo demás el sentimiento que respiran estas poesías es entero, alentado y robusto; la entonación igual y sostenida, y los versos de un temple recio, sonoro y acerado.

El soneto *A la muerte de Torrijos y sus compañeros*, la composición que tiene por título ¡Guerra! y la dedicada *A la muerte de don Joaquín de Pablo (Chapalangarra)* por todos sus pliegues y resquicios dejan asomar la llama del rencor y del ardimiento que nuestras desastrosas disensiones han encendido en tantos pechos. Dos exceptuaremos sin embargo entre ellas que se apartan de las demás: la *Despedida del patriota griego de la hija del apóstata* y la elegía *A la Patria*. La primera nos parece inferior a las anteriores; mas no así la segunda, en que el autor con tanta delicadeza y maestría ha remedado los tonos del más triste de los profetas, engalanándolos con todos los atavíos de nuestra poética lengua. Júzguenlos nuestros lectores por la siguiente muestra:

impresión, publicación y circulación de libros y papeles, sin ofensa de la pureza de nuestra religión católica...” [Gaceta de Madrid, núm. 4, 1834].



¿Qué se hicieron tus muros torreados,
oh mi patria querida?
¿Dónde fueron tus héroes esforzados,
tu espada no vencida?
¡Ay! de tus hijos en la humilde frente
está el rubor grabado:
a sus ojos, caídos tristemente,
el llanto está agolpado.

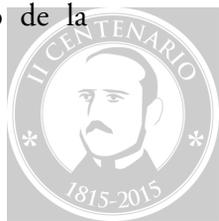
Y díganos después de haberla leído si no se les ha figurado oír un suspiro del viento entre las arpas de Israel colgadas de los sauces de Babilonia. Toda la tristeza de la emigración, todo el amor y la hermosura de la patria ausente están pintadas en esta tierna elegía.

Entre las poesías que después vienen, llama muy particularmente nuestra atención el *Soneto* a la rosa, porque no conocemos en la lengua castellana ninguno más terso, lleno, fluido y acabado. Nos persuadimos de que nuestro juicio en el particular será el del público, y de todas maneras lo emitimos francamente, deseosos de enmienda por si erramos. Creemos asimismo que nadie leerá los blandos y sentidos versos *A una estrella* sin ceder a aquel impulso de tristeza que siempre inspira el espectáculo de las creencias juveniles deshojadas y marchitas.

A Jarifa

La composición *A Jarifa en una orgía* será la última en que nos detengamos, con tanto mayor motivo cuanto que la tenemos por la expresión más cabal que se encuentra en este tomo de esa poesía escéptica, tenebrosa, falta de fe, desnuda de esperanza y rica de desengaño y de dolores, que más bien desgarrar el corazón que lo conmueve. Condición bien triste es la de una época que dicta tan desusados acentos, y condición por desgracia forzosa en la nuestra, en que el hombre divisa el porvenir cubierto de nieblas, y solo ve lo pasado al través de la inquietud y desasosiego presente.

Este disgusto y ansiedad de que si ya no siempre, en muchas ocasiones adolecen todas las almas vigorosas, es un hecho que mal pudiéramos negar, y la poesía que lo traslade de seguro estará llena de verdad y cautivará la simpatía de muchos. Necesario es pues aceptarla a despecho de su desabrimiento, y aun cuando se hayan abierto sendas más luminosas y enderezadas a mejor término en el campo de la



literatura; mas no por eso dejaremos de decir que cerrar al hombre las puertas de la esperanza equivale a falsear su índole y contrariar sus más naturales impulsos.

Semejante filosofía ni perfecciona ni enseña a la humanidad: hija del orgullo y del desengaño, llega a formar de cada hombre un ser aparte, y rota la asociación de los afectos más dulces del corazón, solo conduce al individualismo y a la anarquía en moral. Y cuenta con que no es esto lo que necesita un siglo de suyo egoísta y frío: consuelos y no sarcasmos ha menester el corazón de los más; esperanzas y no desencantos es lo que nos deben ofrecer, porque la desesperación y la duda son impotentes para todo menos para el mal. Fuera de esto, la poesía de Jarifa, de carácter elevado y ardiente, poblada de armonías muy bellas, está dotada de formas y proporciones regulares, y llena de gala y soltura en su dicción poética.

El Estudiante de Salamanca

Llegamos por fin al *Estudiante de Salamanca*, corona de este tomo, y obra en que a nuestro sentir ha reconcentrado el autor todo el poder de su ingenio, de su corazón y fantasía. Su variedad extraordinaria, su raro y maravilloso asunto, su trabazón ordenada y lógica, su temeroso desenlace, la verdad y originalidad de sus caracteres, aquel baño de sencillez, de naturalidad y efusión que en todas partes lo realza, y por último, el sinnúmero de tonos porque está templado y de ricas armonías que desenvuelve, levantan este cuento a una altura tal, que sin duda tardará ningún otro en elevarse a ella.

Las octavas de la primera parte en que el autor pinta y bosqueja a Elvira manifiestan gracia y dulzura inefables; en las quintillas de la segunda parte salta el estro y el sentimiento; melancolía, ternura y pureza angélica revela la carta de la infeliz, y, finalmente, pincel maestro y figuras atrevidas y vigorosas se echan de ver en el cuadro dramático, que tan bella contraposición ofrece con la vaguedad fantástica y medrosa, y con el trágico remate de la parte última. No señalaremos pasajes de este poema, pues ni sabríamos por donde comenzar ni en donde dejarlo, pero los arriba indicados nos parecen bastantes para mostrar y convencer que la musa castellana puede envanecerse de tan cumplida obra.



La aparición de este libro es harto notable, y hará época en la historia literaria, de nuestro país, porque sin apartar la poesía de la gloriosa senda por donde la llevaron los Herreras y Leones, sin despojarla de sus elegantes giros, de su casta y numerosa dicción, de su música apacible, majestuosa y sonora, y sin desnaturalizar ni su origen ni su carácter, el señor Espronceda la ha subido a la altura de la época, ha logrado darle el colorido y trascendencia propia de las ideas, y la ha convertido en expresión fiel y genuina de nuestros sentimientos.

De todo se encontrarán muestras en este volumen, porque todos los tonos del sentimiento están ensayados y recorridos en él, desde los raptos de la fantasía, hasta los acentos más hondos del corazón. Su autor, de consiguiente, ha merecido bien de las letras y del país donde ha nacido; pero la estimación que le profesamos y nuestra habitual franqueza nos autorizan para decirle que más pudiera haber hecho por su nombradía, y por el lustre de su nación, que tiene puestas en él muchas y muy hermosas esperanzas. La reputación que antes había adquirido y que ahora confirman sus poesías no debe servirle para dormir sobre su deliciosa almohada, sino para llevar adelante los nobles empeños que tiene contraídos con el porvenir todo hombre que posee sus privilegiadas disposiciones.

Deseamos que estas palabras, que tantos motivos tiene para creer sinceras, le sirvan de estímulo para dar cima con brevedad a su poema *El Diablo Mundo*, que en el sentir de muchos le afianzarán en lo venidero un nombre por más de una razón envidiable.

Semanario Pintoresco Español, 2ª serie, tomo II,
entregas 28 y 29, 12 y 19 de julio de 1840²⁷

²⁷ Dada su extensión, este ensayo se partió en dos entregas por razones periodísticas; la primera parte acaba con los versos de *El Verdugo* y, siete días después, la segunda comienza con la frase “¡Qué sentimiento y qué versos!”, que fuera de contexto carece de sentido, por lo que suprimimos el corte, devolviendo al texto la unidad que quiso su autor, sin riesgo de perder una elipsis inexistente: *La del alba sería...*

